

17 cuentos de  
**piratas y corsarios**

Brigitte Coppin



**EDITEX**

Título original:  
*17 récits de pirates et de corsaires*

Textos:  
*Brigitte Coppin*

Ilustraciones:  
*Frédéric Sochard*

Ilustración de la cubierta:  
*Daniel Pudles*

© De los textos y las ilustraciones  
2005, Éditions Flammarion  
87, quai, Panhard et Levassor  
75647 Paris cedex 13

Traducción:  
*Ana Rivas Nussbaum*

© De esta edición  
Editorial Editex, S.A.  
Vía Dos Castillas, 33. C.E. Ática 7, edificio 3, planta 3ª, oficina B  
28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

ISBN: 978-84-9771-639-0  
Depósito Legal: M-36034-2011

Imprime:  
Orymu  
Ruiz de Alda 1 y 3. Pol. Ind. de la Estación  
28320 Pinto (Madrid)

Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad, ni parte de este libro, pueden reproducirse o transmitirse o archivarlos por ningún procedimiento mecánico, informático o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento de información sin permiso escrito de Editorial Editex, S.A. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

Introducción	5
1. Alwida, princesa del mar	7
2. Los hermanos Barbarroja	11
3. Francis Drake, el dragón inglés	17
<i>Sobre la isla de la Tortuga</i>	25
4. ¡Enrolaos!	27
5. Jean-David Nau, el Olonés	31
6. Pierre-le-Grand, pirata de un solo día	35
7. Henry Morgan, el rey del engaño	39
8. Monsieur René	45
9. La marquesa y el pirata	53
10. La larga soledad de Alexander Selkirk	59
11. John Avery, un pirata de corazón tierno	63
12. De cómo Barbanegra perdió la cabeza	69
13. Las hermosas ideas del capitán Misson	73
14. La confesión del capitán Kidd	77
15. La isla del tesoro esconde sus secretos	81
16. Mary y Anne, campeonas de la insumisión	85
17. Las aventuras de R. Surcouf “le Gros Robert”	91
Glosario	95



# Introducción

*La misma audacia, las mismas técnicas de abordaje, el mismo afán por el oro... ¿Dónde se oculta, pues, la diferencia entre un corsario y un pirata? En principio está muy clara: un corsario es un marino que practica la guerra de corso; surca los mares en pos de los navíos enemigos de su país para capturarlos y, para ello, posee una autorización real que se denomina “carta de corso” o “patente de corso”. Por el contrario, el pirata actúa por su propia cuenta, sin patente de corso, contra todos los barcos de todos los países, siempre que vayan cargados de riquezas.*

*La realidad es más compleja. Muchos han sido los corsarios que fueron también piratas porque resultaba difícilísimo renunciar a la aventura cuando se terminaba la guerra, porque siempre era posible obtener una patente de corso de un gobernador complaciente o, por último, porque el rey se reconciliaba con su enemigo de golpe y porrazo. Esto es lo que le sucedió a Francis Drake: aunque era corsario cuando zarpó, acabó siendo pirata porque mientras tanto la reina de Inglaterra había firmado la paz con el rey de España.*

*Los piratas y los corsarios han aterrorizado todos los mares en todas las épocas desde que existen los barcos; es decir, desde el final de la prehistoria. Antes del principio de nuestra época, los marinos fenicios y romanos ya tenían los malos encuentros; al principio del siglo XX, los barcos que hacían la ruta de Extremo Oriente no escapaban de los temibles piratas chinos. En resumen: los aventureros del mar son tan numerosos que haría falta una vida entera de investigación para encontrarlos a todos.*



*Los relatos que componen este libro siguen un orden cronológico perfecto, desde la Alta Edad Media hasta el siglo XIX, recorriendo un panorama geográfico que abarca desde el mar del Norte hasta el Mediterráneo y del océano Atlántico al Índico. Los rostros que aparecen en él no siempre son los más conocidos. Algunos son terribles bellacos; otros, casi hombres honrados. Buena parte de ellos han sufrido muchísimo antes de dedicarse a repartir sufrimientos a su vez. Entre los piratas hay mujeres, doblemente rebeldes: por una parte, ante la ley y, por otra, ante una sociedad que no les dejaba mucho espacio.*

*A pesar de sus diferencias, estos personajes fuera de lo común se parecen: todos ellos se sentían más libres sobre el puente de una nave que en tierra, en compañía de sus contemporáneos.*



# 1

## Alwida, princesa del mar



*Este es un relato nórdico, tan lejano en el espacio y en el tiempo que la realidad y la leyenda han quedado inexorablemente entretrejidadas.*

**E**n una isla de los helados mares del norte de Europa, donde los hombres rubios sabían construir fabulosas naves de cabeza de dragón, vivía Alwida, la hija del rey Siward. Su cabellera dorada era más bella que la mismísima luz, tan radiante que sus sirvientes se tapaban los ojos con una banda para acercarse sin quedar cegados por ella. El rey Siward vigilaba a su hija como si fuera una perla



preciosa. Para que no pudiera escapar a su control, la había encerrado en una torre sombría de madera, de la que no salía jamás. Tras los gruesos muros de esta prisión, Alwida escuchaba el galope de los caballeros que habían recorrido leguas y más leguas con la esperanza de entrever uno de sus mechones dorados, un fragmento de su párpado... ¡En vano! Desde lo alto de la más alta ventana, ella se ponía de puntillas para respirar el aire de la libertad, para escuchar aguzando el oído el canto violento del mar cuando atormentaba las negras rocas. Los días de tempestad, el golpeo de las olas sonaba como cadenas rompiéndose y Alwida se enajenaba buscándolo en el viento.

Así pasó mucho, mucho tiempo.

Y por fin, un día, el rey Siward decidió que su hija había alcanzado la edad de pertenecer a un hombre, e hizo anunciar la noticia por las islas vecinas: quien quisiera estrechar a Alwida entre sus brazos, tendría que decapitar primero a las serpientes monstruosas que vivían al pie de la torre y que, desde hacía años, actuaban como perros guardianes venenosos. El más prestigioso de los pretendientes avanzó. Era Alf, el rey de Dinamarca, blandiendo una espada luminosa cuya hoja silbaba al cortar el aire. Al acercarse, las cabezas de las serpientes se irguieron, listas para morder. Él las hizo caer una a una y, allá arriba, en su prisión, Alwida oía el zumbido de la espada. Cuando hubo cortado todas las cabezas, Alf escaló la torre. Al llegar a la última estancia, tendió los brazos como un ciego, pero no encontró más que paredes: ¡la sala estaba vacía! En una cala, al pie de la torre, acababa de recalar un barco, que se llevó a Alwida. Sus sirvientes la habían ayudado a huir de aquel matrimonio que la horrorizaba. Ahora, se apresuraba sobre las olas y el viento hacía bailar su cabellera de oro.





Durante días y más días, erró por el mar, refugiándose por las noches en ensenadas desiertas y partiendo de nuevo al alba antes de que los pescadores se acercasen a la playa.

Una noche, al fondo de una bahía sumida en la bruma, su barco vino a fondear junto a otro que estaba anclado. En el puente vociferaban marineros ebrios que lanzaban puñetazos y puñaladas al amparo de la noche. Era una tripulación de piratas que había perdido a su capitán y se estaban matando unos a otros, ante la incapacidad de elegir a uno nuevo.

Tras ocultar sus cabellos bajo un gorro de fieltro y enfundar sus piernas en un pantalón de marinero, Alwida subió a bordo. Se plantó delante del mástil y reclamó silencio. En la oscuridad, su voz reverberó con tanta intensidad como el metal. Cuando los piratas se inclinaron ante semejante autoridad, Alwida asumió el mando de las dos naves. A partir de aquel día, abandonó sus ropas de mujer y se puso a vivir del pillaje, manejando el cuchillo y el hacha con una destreza temible.

Su sed de violencia la empujaba a atacar los barcos ricos cargados de ámbar y de pieles, a saquear los poblados de pescadores, a doblegar ante sí a los guerreros más curtidos.

Sin que jamás supiera por qué, el viento empujaba incansablemente sus velas hacia las costas de Dinamarca, donde su furia se multiplicaba. Tras su paso, los supervivientes veían alejarse dos navíos guiados por un elfo que parecía dejar en el cielo una estela de oro.

Pronto, la noticia llegó hasta el rey Alf: ningún barco se atrevía a salir del puerto, el comercio decaía y sus guerreros ensangrentados regresaban de los combates con el horror anclado en el fondo de su mirada. Decidió armar él mismo una nave y lanzarse al mar a la caza de aquellos ladrones que estaban haciendo temblar su reino. Se inició una cacería mucho más agotadora que las que solía acometer contra



las ciervas rojizas de sus bosques. Varias veces atisbó, entre la bruma, a los dos barcos fantasma, se lanzó en su persecución y creyó entrever, antes de perderlos, una silueta rubia apoyada contra el mástil. Durante todo el invierno corrió sin descanso. La primavera y el deshielo que la acompañaron en su ayuda: un día de marzo, encontró los barcos piratas maniobrando con dificultad en medio de los hielos quebradizos. ¡Esta vez, no se le podían escapar!

Pronto estuvieron borda contra borda; los mástiles entrechocaban. El abordaje fue espeluznante; con cuchillos, con hachas, cada tripulación se esforzaba por descuartizar a la otra. Alf, rodeado de sus mejores guerreros, ganaba terreno. De pie en la popa, Alwida exhortaba a sus hombres con furia. Pero el asaltante era demasiado fuerte. Pronto, no quedó nadie entre la princesa y el rey. En ese momento, ella lo reconoció. Él, aún estaba ciego. Levantó su hacha para machacarle la cabeza.

¿Por qué el golpe que dio fue tan desastroso? En lugar de partirle el cráneo, el hacha se limitó a hacer saltar el casco de la joven, y la cabellera de oro cayó en cascada por sus hombros. Ella no se movió. En los tres barcos se hizo un silencio sepulcral, hasta que resonó el golpe de una espada al caer sobre el puente.

Alwida acababa de abrir los puños. Suspiró. El color de acero de sus ojos se había vuelto azul; a su alrededor el mar se había calmado.

El rey Alf deslizó la mano por sus brazos, su pecho. Ella aceptó la caricia.

En su interior, acababan de morir la guerra, el miedo y el odio.

